



## La deshumanización en los cuentos de Claudia Hernández

JULIETA CONTRERAS<sup>1</sup>

“Trampa para cucarachas” y “Fauna de alcantarillas” forman parte del libro *De Fronteras* (2007) de Claudia Hernández, el cual reúne dieciséis cuentos. En esta ocasión se ofrecerá un estudio acotado sobre cómo se construyen las figuras no humanas en la literatura de Hernández. Se busca no solo el significado simbólico de estas transformaciones, sino además los recursos literarios empleados por la autora. Teniendo en cuenta lo anterior, el objetivo del presente escrito es profundizar en la

idea de deshumanización de los sujetos en los cuentos de Hernández y su principal vínculo con la categoría de persona propuesta por Matías Ayala.

Subjetividad, cuerpo e identidad son conceptos que desde distintas disciplinas se han abordado en sus diversas manifestaciones. Así, pese al exhaustivo trabajo realizado por las humanidades para definir estas categorías, es crucial explorar cómo son entendidas y representadas en la literatura centroamericana, dados los procesos sociales y políticos de la región. Por esto, resulta pertinente analizar cómo la categoría de persona se desdibuja o se fusiona con la de animal y la de autómatas, por qué ocurren estos cruces y cómo la categoría de lo humano en la literatura salvadoreña pierde su significado o se conecta con elementos diametralmente opuestos.

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado.

En primer lugar, es necesario mencionar que la autora salvadoreña nace en el año 1975, en medio de las crisis preguerra civil de El Salvador. Publica *De fronteras* el año 2007, y al igual que sus obras previas, implanta la cuestión política y social que enfrentó su país durante la guerra (1979-1992), en la que la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) se enfrentó a Frente Farabundo Martí para la liberación nacional (FMNL). Producto de esta guerra de larga duración, la cantidad de muertes se extiende a 75.000 sin contar a los desaparecidos. Los cuentos de Hernández no son meros escritos, sino que está llena de cadáveres, activando así una estética de la posguerra, donde además cada palabra es cuidadosamente utilizada.

En su narrativa la escritora hace una fuerte crítica a los procesos históricos de su país, marcados por una espiral de violencia que finalmente ha afectado a toda la región y a cada uno de los individuos que la componen. Sin embargo, las críticas y cuestionamientos por parte de Hernández no son explícitos en su obra, sino que se apoyan en sujetos, lugares y circunstancias que se escapan de los límites de lo humano y de lo racional, inscribiendo, así, identidades que responden al contexto en el que se construyeron. De este modo, la escritura de Hernández, sumada a la de una porción de intelectuales que escriben durante el periodo de posguerra, se ubica dentro de la llamada estética del cinismo (López 147-148).

Para Beatriz Cortez la estética del cinismo surge como una respuesta y un posicionamiento crítico frente al accionar de las esferas de poder y hacia las narrativas históricas que muchas veces actuaron como dispositivos de silenciamiento. Respecto a esto último, María del Pilar López indica que las “políticas de reconciliación nacional”, en lugar de tomar medidas que abordaran de manera efectiva las

consecuencias que dejó la guerra civil en El Salvador y que sancionaran a los perpetradores de crímenes durante ese periodo, tendieron a silenciar a las víctimas. Como ejemplo de esto, López señala que pese a los años que han transcurrido aún “no se han abierto procesos por crímenes de guerra” y “las ‘disputas por lo ‘que realmente ocurrió’ siguen estando presentes entre sectores” (149). Asimismo, una consecuencia directa del silenciamiento al que ha sido sometido el país es la rearticulación simbólica, social y cultural de la región y el “cuestionamiento sobre los discursos de la identidad nacional que se fracturaron en el pasado y que, para el caso de El Salvador particularmente, debaten con la concepción de identidad colectiva y de ciudadanía” (López 149).

Teniendo en cuenta lo anterior, resulta pertinente indagar en el concepto de persona, animal y autómatas para adentrarnos en la literatura de Hernández y así lograr entender cómo se despliegan las subjetividades en sus cuentos. El concepto de persona resulta difícil de definir, ya que en él residen huellas de concepciones antiguas en las que originalmente esta categoría se veía compuesta necesariamente por un cuerpo y un alma. Desde el punto de vista de Matías Ayala la categoría de persona comienza como un constructo cultural e histórico, según el cual “la persona no es lo mismo que lo humano, tampoco es igual al hombre o la mujer. Así, la persona es una figura particular de lo subjetivo” (18) y se articula “en torno a un cuerpo humano singular” (20). Sumado a esto, el autor afirma que las categorías de animal y autómatas actúan como suplemento de la persona (12) y que es difícil pensar en lo humano o lo no humano sin acudir a ellas (13). De esta manera, la persona puede ser vista de manera dual incorporando a su definición un estatuto jurídico y otro teológico. Desde lo legislativo: “Persona es un sujeto determinado que puede tener propiedad, de hecho, su primera propiedad es su

propio cuerpo (Esposito 31). Además, posee ciertos derechos y la obligación de cumplir la ley; por último, posee la capacidad de administrar y hacer productiva la propia vida, sus capacidades físicas e intelectuales” (Ayala 19) y desde lo teológico se trata de un individuo singular y eterno que posee una consciencia y, además, libertad de acción (19).

Sumado a lo anterior, según Ayala, las políticas modernas no se orientan a un individuo sino a lo colectivo, a lo social. Por ende, es necesario visibilizar y llevar un registro de este cuerpo colectivo de forma impersonal (Ayala 15). Así, lo colectivo sería entendido como la parte animal del ser humano que debe ser domesticada; la biopolítica se encarga de realizar este trabajo administrando los cuerpos y cada uno de sus procesos, decidiendo quiénes viven y quiénes mueren, qué vidas son importantes y qué vidas no lo son:

La clave biopolítica parece ser la discriminación de lo viviente entre seres, de especies, razas, naciones, clases sociales y género. Sobre esta diferencia se ejerce la selectiva violencia soberana y su inversión de capital. De forma más particular, tanto la práctica judicial y la práctica médica determinan qué vida es valiosa y cuál explotable, dónde y cómo se debe vivir; de qué forma distribuir el espacio y organizarse los cuerpos; cómo, en definitiva, producir. (Ayala 16)

Por otra parte, el autómatas representa lo mecánico y repetitivo del ser humano, pero carente de consciencia; oscila entre lo orgánico y lo inorgánico, con una reflexividad interna limitada (Ayala 23-24). Así, las tres categorías antes vistas (persona, animal y autómatas) se cruzan, asegurando la comprensión de lo viviente y de sus opues-

tos, permitiendo que lo humano y lo no humano sea legible.

En “Trampa para cucarachas” de Hernández nos encontramos con el relato en primera persona de un sujeto que se instala en otra ciudad, específicamente en una habitación pequeña de un hotel barato; el hombre carece de recursos suficientes para cancelar su estadía en el lugar, que es administrado por un señor mayor llamado Gabriel. Con el objetivo de solventar los días que lleva habitando en ese lugar sale todas las mañanas a buscar trabajo:

Vivo acá porque es lo único que las promesas de dinero de un hombre sin trabajo que busca vida en una ciudad ajena puede pagar. No alcanza para más. Para más tendría que tener dinero. Y no lo tengo, pero lo busco. A diario. A diario salgo a la caza de un empleo. Salgo a buscar un trabajo que no me dé satisfacciones, pero sí capital suficiente para cancelar mi deuda con el hombre que, sin conocerme, ha confiado en mi palabra y me ha dado alojamiento durante semanas sin exigirme una sola moneda. Debo pagarle para poder irme de esa habitación estrecha y húmeda. (Hernández 76)

Sin embargo, pese a su incesante búsqueda, no consigue nada más que recorrer la ciudad de extremo a extremo y el interés de su casero por saber si quiere devolverse a la ciudad que sí es suya, porque en esta la vida es demasiado cruel. Así, el sujeto se aferra a la idea de que el único que le entrega algo es don Gabriel: no le cobra la habitación en la que se aloja, ni otorga señales de que lo hará eventualmente: “Y él siempre me dice lo mismo: Acércate, hombre, que no te estoy cobrando, quiero saber cómo te trata esta ciudad ingrata. Me lo dice en serio. No me presiona para que le pague. Ni siquiera me

dice cuánto le debo. Tampoco necesito que me lo diga, lo sé de sobra: los precios de las habitaciones están escritos en un cartelito tras su silla” (Hernández 78). No obstante, a pesar de las afirmaciones de Gabriel, el hombre vive –durante un tiempo– con el miedo de ser desalojado, de que la amabilidad y paciencia de este señor se agote y decida de una vez echarlo a la calle. De modo que prefiere vivir en una habitación sin ventanas e infestada de cucarachas y sin derecho a reclamar por sus condiciones: “No tengo a dónde ir. Nada tengo. Solo lo tengo a él y a la habitación, y a las cucarachas, y al juego inútil de intentar atraparlas” (Hernández 79). En un punto, después de pelear incansablemente con la ciudad y con las cucarachas, se rinde. Se esconde de don Gabriel y sale constantemente de la habitación porque prefiere permanecer afuera, simulando que está haciendo algo útil. Esto es importante porque da cuenta de que el valor del sujeto recae, en parte, en su capacidad de producir, en términos económicos. Por otro lado, en el cuento encontramos a sujetos solitarios y en un aislamiento que no necesariamente es voluntario, sino que se vincula a la producción y el consumo. Un ejemplo de esto puede observarse en el siguiente fragmento:

Tiene un humor metálico. Nadie platica con él. Sólo le preguntan cuánto cuesta la noche en la habitación simple y cuánto en la habitación tal, y cuánto en tal, y si hay habitaciones libres, y dónde pueden encontrar un lugar aceptable para comer, y si pueden obtener más toallas, cosas así. No conversan con él. Él tampoco conversa con ellos. Si lo hace, no me doy cuenta. Ni siquiera he visto a los otros huéspedes. (Hernández 78)

En la historia, el protagonista se refiere a don Gabriel y su relación con las personas

que cohabitan en el hotel, dando cuenta de que las relaciones al menos al interior de este lugar surgen a raíz de las lógicas mencionadas antes. De esta forma, cada persona representaría un número y su existencia se vería ligada a alguna clase de intercambio.

Luego, tras no encontrar empleo y vencido por las cucarachas, el sujeto cae en una espiral que bordea la locura y suspendiendo su juicio decide implementar un método efectivo para cazar a los insectos: simular que está muerto para atraparlos con su boca. Hilda Gairaud en “Sistemas de exclusión y violencia en relatos de los salvadoreños Manlio Argueta y Claudia Hernández” se refiere a este cuento como subversivo y reivindicatorio, porque en él se deconstruyen las ideas de felicidad y bienestar por medio de imágenes grotescas (92, 2010). Añade también que el sujeto, pese a su contexto de pobreza, precariedad y aislamiento, logra alcanzar un estado de felicidad al transformarse a sí mismo en una trampa de cucarachas, deshumanizándose: “Su acción –metafóricamente– reivindica su condición de sujeto y lo hace sentir como un vencedor dentro de su miserable existencia, caracterizada por la carencia” (Gairaud, “Sistema de exclusión” 92).

En este texto, al igual que en “Fauna de alcantarillas”, es posible evidenciar la discriminación y la poca integración social de las alteridades, hasta el punto de percibir como naturales situaciones que directamente son anormales. Respecto a esto, Gairaud en “Rutas de muerte” indica que “percibir como cotidiana una situación anormal y macabra precisamente expone y resalta lo excepcional de la situación” (“Rutas de muerte” 209).

Por su lado, “Fauna de alcantarillas” retrata a un hombre semi reptil que vive en las alcantarillas y se ve obligado a cazar animales domésticos para saciar su hambre y la de

su familia. Sin embargo, esta caza indiscriminada termina por casi desaparecer a las mascotas de sus vecinos, quienes, tras no poder detenerlo mediante la policía y el zoológico, decidieron cerrar las alcantarillas como medida final: “Después de una semana, los lamentos cesaron y se esparció por el barrio el olor a los seres escamados sin vida. Entonces, para contrarrestar la fetidez, abrieron nuevamente las bocas de las calles y cubrieron con cal los cuerpos” (Hernández 64). Sin ningún tapujo los vecinos eliminan a los seres escamados porque su instalación les desencadenó un problema de convivencia. Además, se ve en este cuento el tema de la migración, los *otros* se representan como reptiles porque provienen de otro lugar y son distintos: “Semanas después se les ocurrió pensar que habría sido más fácil convencerlos de que regresaran a su lugar de origen o atraparlos con una red y luego arrojarlos en el pantano, de donde probablemente habían llegado. Pero ya era tarde: sus huesos estaban ya volviéndose polvo. Alguien dijo que lo tomarían en cuenta para una próxima ocasión” (Hernández 64). Esto se puede asociar a algunos de los planteamientos de Ayala según los cuales el territorio es lo más relevante y, por ende, cualquier tipo de “intervención de lo viviente” dentro de determinado espacio se inscribe por dentro de la administración privada o estatal del territorio, de modo que “animales, humanos, insectos, plantas, piedras y aguas” son solo agregados (17). Por su parte, López indica que sin la migración no podrían explicarse “las subjetividades de los personajes que se construyen bajo la necesidad u obligatoriedad de enfrentarse a otra cultura, ir de una geografía a otra, o de tratar de negar la propia identidad” (150).

En conclusión, es posible asociar las identidades representadas en los cuentos de Hernández con los distintos procesos de violencia y marginalización vividos en El Salvador en su período de guerra y pos-

guerra. Las subjetividades que surgen en estos contextos se ven retratadas como infrahumanas y carentes de cualquier tipo de derecho, ya que bordean lo animal, manteniéndose en un estado intermedio, y de identidad ininteligible. Por esta razón, los acercamientos de Ayala a los conceptos de “persona” y “animal” son pertinentes para abordar la narrativa de Hernández, en donde el uso de figuras no humanas o intermedias es central.

*Imagen de este archivo: fotografía de Diane Arbus.*

## Referencias

Ayala, Matías. “Animales, Personas, Autómatas y Espectros en América Latina”. *Revista de Humanidades*, no.38, 2018, pp. 11-32.

Gairaud Ruiz, Hilda. “Sistemas de exclusión y violencia en relatos de los salvadoreños Manlio Argueta y Claudia Hernández”. *Filología y Lingüística*, no. 36, 2010, pp. 77-104.

------. “Rutas de muerte en la narrativa de Claudia Hernández”. *Revista de Lenguas Modernas*, no. 22, 2015, pp. 203-215.

Hernández, Claudia. “Fauna de alcantarillas” y “Trampa de cucarachas”. *De fronteras*. Piedra Santa, 2007.

López, María del Pilar. “El Salvador. Transmutaciones y transgresiones. Apuntes para un contexto cultural y literario en El Salvador”. *Narrativas centroamericanas: de la disputa por la verdad al siglo XXI*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Magna Terra, 2022.